

Los de Xochmilco trataron de embarazar su marcha; pero él les castigó cruelmente.

Estaba Culhuacan despoblado, como otros muchos lugares de la laguna.

Pero pensaba por aquella parte poner sitio á México, y quería conocer perfectamente el terreno.

Examinó la calzada, que ocupaba una extension de legua y media, y estuvo dos dias derrocando ídolos y destruyendo templos, y despues de encontrar sitio de buenas condiciones para la seguridad de los bergantines, dió vista á México con doscientos españoles y cinco de á caballo, combatió una albarrada, y aunque se la defendieron tenazmente la ganó; y despues regresó á Tezcuco, porque ya habia dado la vuelta á la laguna y visto la disposicion de la tierra.

En Culhuacan tuvo algunos españoles heridos y no pocos tlaxcaltecas.

Al volver á Tezcuco se empeñó en varios combates con los de Culúa, en los que murieron muchos indios de una y otra parte.

CAPITULO CVI.

Donde el lector asiste a los preparativos para el sitio de México.



UNA agradable sorpresa aguardaba al héroe de nuestra historia á su regreso á Tezcuco.

Muchos de los españoles que estaban á las órdenes de Diego de Velazquez, atraidos por la fama de sus hazañas, habian llegado á incorporarse á sus filas, y aseguraban que este era el espíritu que reinaba en todos sus compañeros.

Traian muchas armas y caballos, y Cortés les agradeció en extremo aquellos refuerzos y las simpatías que manifestaban por el triunfo de su causa.

Tambien llegaron los caciques de muchos pueblos á ofrecerle fidelidad, unos por el temor de ser destruidos y otros por el deseo de coaligarse con él para destruir á los mexicanos, á quienes odiaban.

Dos dias llevaba Hernan Cortés en Tezcuco, cuando recibió una carta que al capitán de segura de la Frontera habia enviado uno de los españoles que formaban parte de la expedicion al abandonar la ciudad imperial.

«Nobles amigos, decia: dos ó tres veces os he escrito, y ninguna he obtenido respuesta. No sé si la presente será más afortunada.

«Los de Culúa nos acometen sin cesar, á pesar de las derrotas que han sufrido.

«La ciudad de Chinantla, desde donde os dirijo esta, desea ver á Cortés para ponerse á sus órdenes.

«Aquí convendría mucho un refuerzo de españoles. Si Hernan Cortés enviase treinta, la gratitud de estas gentes sería inmensa.»

No podía el ilustre caudillo enviar el refuerzo que se le pedía, porque pensaba poner sitio á México.

Contestó, sin embargo, dando gracias por los buenos deseos que manifestaban los de aquella ciudad, y esperanzas de que iría á reunirse con ellos.

Era aquel español uno de los que hacia un año que Cortés habia enviado á Chinantla desde México, para explorar el terreno.

El señor de aquella provincia simpatizó con él desde el momento en que le conoció, y le nombró jefe de sus tropas para combatir á los de Culúa, que desde la muerte de Moctezuma le hostilizaban continuamente por haber admitido en su territorio á los extranjeros.

El capitán, al saber que habia compatriotas suyos en Tepeaca, les habia escrito, como hemos dicho ántes, aunque sin resultado.

Mucho se alegraron los españoles por el contenido de la carta que les envió el capitán de Segura de la Frontera.

Daban gracias á Dios por las mercedes que les otorgaba, y sólo á su proteccion atribuian el que no hubiese perecido su compañero despues del abandono de México.

Cortés apresuraba el cerco de la ciudad, abasteciéndose de provisiones y haciendo pertrechos para escalar y combatir.

Activó las operaciones de clavar y terminar los bergantines, y dispuso que se abriese una gran zanja para echarlos á la laguna.

La zanja debería tener de largo media legua, de ancho unos doce piés y la profundidad necesaria.

Para construirla les sirvió de modelo una de las acequias.

Tardóse en hacerla cincuenta dias, trabajando en cada uno ocho mil tezcucanos.

Los bergantines se calafatearon con estopa y algodón.

Algunos historiadores dicen que los brearon con grasa de hombre, porque carecian de otra cosa.

Los indios se arrojaban sobre los cadáveres que encontraban, y despues de abrirlos sacaban aquella sustancia.

Tan pronto como los bergantines se botaron al agua, reunió Cortés á los españoles.

Ascendian éstos á novecientos hombres.

Ochenta y seis de caballería.

Ciento diez y ocho tenían ballestas y escopetas.

Los demas llevaban picas y rodela ó alabardas, sin contar las espadas y puñales que cada uno tania.

Tambien se veian algunos coseletes y muchas corazas y jacos.

Completaban aquellos aprestos guerreros tres cañones de hierro colado de grueso calibre, y quince pequeños de bronce, con diez quintales de pólvora y muchas balas.

Estos eran los elementos con que contaba Cortés para el sitio de México, la más grande y fuerte ciudad de las Indias y Nuevo Mundo.

Puso en cada bergantín un cañon de los pequeños, y los demas quedaron para el ejército de tierra.

Hizo pregonar de nuevo las ordenanzas de guerra, rogando á todos que las guardasen y cumpliesen, y mostrando los bergantines, pronunció una de sus más entusiastas peroraciones.

La historia la conserva en sus brillantes páginas, y nosotros, interpretando los deseos de nuestros suscritores, la trascribimos íntegra.

«Hermanos y compañeros míos, les dijo; ya veis acabados y puestos á punto aquellos bergantines, y bien sabeis cuánto trabajo nos cuesta, y cuánta costa y sudor á nuestros amigos hasta haberlos puesto aquí.

«Muy gran parte de la esperanza que tengo de tomar en breve á México, está en ellos, porque con ellos, ó quemaremos

presto todas las barcas de la ciudad, ó las acorralaremos allá dentro de las calles, con lo cual haremos tanto daño á los enemigos como con el ejército de tierra.

«Cien mil amigos tengo para sitiar á México, que son, segun ya conoceis, los más diestros y valientes hombres de estas tierras.

«Para que no nos falten provisiones, he tomado disposiciones importantes.

«Lo que á vosotros corresponde ahora es pelear como acostumbrais, y rogar á Dios por salud y victoria, pues es suya la guerra.»

Terminada la alocucion, que todos acogieron con entusiastas aclamaciones, envió Cortés emisarios á las provincias de Tlaxcala, Güexocinco, Cholula, Chalco y otros pueblos, para que todos acudiesen dentro de diez dias á Tezcucó con sus armas y demas pertrechos necesarios al cerco de México.

Esta orden fué cumplida, y no tardaron en llegar más de sesenta mil hombres, deseosos de ayudar á los españoles en la colosal empresa que iban á acometer.

El héroe de nuestra historia salió á recibirlos y despues de dirigir cariñosas frases á sus aliados, les alojó cómodamente.

El segundo dia de Pascua de Pentecostés salieron todos los españoles á la plaza y de ellos eligió á los jefes que debian mandar las tres columnas en que dividió su ejército.

Pedro de Alvarado, Cristóbal de Olid y Gonzalo de Sandoval, fueron los nombrados para dicho objeto.

El primero, al frente de treinta caballos, ciento sesenta peones, treinta mil indios y dos piezas de artillería, debia dirigirse á Tlacopan.

El segundo, con treinta y tres españoles á caballo, ciento ochenta peones, dos cañones y cerca de treinta mil indios, debia ocupar la provincia de Culhuacan.

Finalmente, el tercero llevaba veintitres caballos, ciento se-

senta peones, dos cañones y más de cuarenta mil hombres de las provincias y pueblos de Chalco, Cholula, Güexocinco y otras, y las instrucciones que recibió eran destruir á los de Itztaupalapa, fijando despues sus reales donde creyera más oportuno.

En cada bergantin puso un cañon, seis arcabuces ó ballestas, y veintitres españoles de los que tenían conocimientos navales.

Nombró capitanes de ellos, y él quiso ser el general de la escuadra.

Esta determinacion fué mal recibida por algunos de sus capitanes que iban por tierra.

—Por lo que se vé, decian unos, Hernan Cortés comienza á temer el peligro, y por eso quiere ir á bordo.

—Mientras él va perfectamente seguro, porque las carabelas de los indios no pueden competir con nuestras naves, añadian otros, nosotros vamos á buscar una muerte casi cierta.

—No debemos consentirlo, exclamaban algunos. Yo me ofrezco á decirle en nombre de todos que no es digna su conducta.

—Sí, sí, gritaron cuantos tomaban parte en esta conversacion.

Cuando comunicaron á Cortés lo que habian acordado, ocultando éste la indignacion que producía en él aquellas sospechas:

—Estais equivocados, les dijo; es mucho más peligroso pelear á bordo que por tierra. Además, mi presencia es necesaria allí porque fundo principalmente el éxito de la lucha que en breve vá á comenzar á las fuerzas navales.

Tranquilizáronse algun tanto con estas explicaciones, y el dia 10 de Mayo partieron Pedro de Alvarado y Cristóbal de Olid, y fueron á dormir á Acohuan.

Allí se suscitó entre estos dos bravos capitanes una calurosa cuestion respecto al aposento que cada cual habia de ocupar, y hubieran terminado de una manera desastrosa, á no haber mediado otro de los jefes á quien unía gran amistad con los contendientes.

Al siguiente día pernoctaron en Xilotepec, ciudad completamente despoblada.

Al tercero entraron de madrugada en Tlacopan, que también estaba desierto, como todos los pueblos de la costa de la laguna.

Se alojaron en las principales casas, y apenas reposaron un instante, los tlaxcaltecas dieron vista á México por la calzada, y pelearon hasta que cerró la noche.

A la mañana siguiente, que era el 13 de Mayo, fué Cristóbal de Olid á Chapultepec, y quebró las cañerías que abastecían de agua á la ciudad de México.

Pedro de Alvarado atendió mientras tanto á reparar los caminos y á cegar las acequias para que pudiesen pasar los caballos; y en estas tareas emplearon tres días, habiendo tenido en todos ellos varios encuentros con los enemigos.

Alvarado quedó en Tlacopan con su división, y Cristóbal de Olid fué á Culuacan con la suya, según las instrucciones que habían recibido de Cortés.

Hicieronse fuertes en las casas de los caciques, que eran las que más seguridad ofrecían y durante una semana se ocuparon en reunir provisiones, que traían de los pueblos de la sierra.

CAPITULO CVII.

Donde el lector verá los destrozos que los bergantines
causaron en los indios,
y el cómo logró Cortés entrar en la ciudad imperial.



EL saber Guatimotzin las disposiciones que había tomado Cortés para sitiar la ciudad, llamó á los capitanes y altos dignatarios del imperio para deliberar con ellos acerca de la conducta que debía observar en vista de las circunstancias.

—No hay tiempo que perder, les dijo; los españoles se preparan para darnos la batalla, y yo no sé qué nos conviene más si salir á combatirlos ó celebrar con ellos un tratado de paz.

—Mi opinión, dijo uno de los circunstantes, es que debemos sostener la guerra. Contamos con mayor número de soldados; y además, la posición que ocupamos es muy venjatorosa.

—Pues yo creo, por el contrario, añadió otro, que la guerra será desastrosa, y que ningún resultado favorable deberemos esperar de ella.

—¿Es decir, exclamó el primero, que para vos nada significa la independencia, el amor á la patria?

—No por cierto; pero ante el peligro de males más graves, debe sacrificarse el honor de la patria, siempre que redunde en beneficio de la misma.

—Lo primero que en mi concepto debe hacerse, añadió un tercero, es sacrificar en aras de los dioses á los españoles que tenemos prisioneros.

—Temerario me parece el consejo, porque dará lugar á re-